

DON ALBERTO MARTIN ARTAJO "EL CANCELLER DE LA RESISTENCIA"

El Jefe del Estado español llamó al Gobierno al señor Martín Artajo en julio de 1945, en un momento particularmente grave. Terminada la segunda guerra mundial, de la que España quiso y supo mantenerse al margen, se perfilaba claramente la ofensiva organizada por la Unión Soviética, con el intento de derribar nuestro régimen y convertirnos en uno más de los satélites de Moscú. Tal vez no lo veían así algunos de los países que se prestaron a la maniobra soviética, pero los españoles sabíamos bien a qué atenernos y nuestra postura no podía ser otra, en defensa de nuestra libertad y de nuestra vida, que resistir a toda costa a la conjura exterior.

"El Canciller de la Resistencia española", como se ha llamado después en Hispanoamérica al señor Martín Artajo, fué elegido sabiamente por el Jefe del Estado en las filas más selectas de la administración pública y entre las de nuestros católicos militantes. Martín Artajo tenía entonces treinta y ocho años. No había actuado nunca en la vida política. Era Secretario General del Consejo de Estado, por su profesión jurídica, y desempeñaba por espíritu apostólico la presidencia de la Acción Católica Española. Al aceptar la Cartera de Asuntos Exteriores no lo hizo sin el consejo expreso de la Jerarquía eclesiástica. Con plena conciencia de la gravedad de aquellos momentos, se dispuso a defender en la palestra internacional el ser de España, nuestra subsistencia como nación y el sentido de nuestra Cruzada.

Su capacidad de trabajo y su entusiasmo le permitieron a Martín Artajo organizar, al lado de Franco, con todas las armas de la diplomacia y de la inteligencia, nuestra defensa contra el aislamiento decretado por las Naciones Unidas, contra el cerco por hambre con que se pretendió doblegar nuestra altivez y contra la guerra de mentiras en que la propaganda comunista envolvió a España, a manera de una cortina de humo que, gracias a Dios, no se convirtió en una nueva "cortina de hierro".

La Carrera Diplomática española galvanizó a sus hombres hasta el heroísmo. Se montó con perseverancia en el extranjero la propaganda de nuestra verdad. Multiplicáronse por el mundo nuestras Misiones Económicas y Culturales. Gobernado por un piloto clarividente y sereno, el Palacio de Santa Cruz puso la proa al mar embravecido, como si fuera un galeón del Marqués del mismo título, el gran Almirante don Alvaro de Bazán.

La nave de España surca ahora aguas bonancibles, sin haber torcido su rumbo ni arriado su bandera. Formamos parte de las Naciones Unidas, que nos condenaron inconsultamente en 1946, y mantenemos relaciones diplomáticas normales con todas las naciones, salvo la Unión Soviética y sus satélites. Los dos embajadores a que quedó reducido el Cuerpo Diplomático en Madrid en 1946, se han convertido ahora en más de cincuenta Jefes de Misión. Nuestras fronteras, que nunca se cerraron a la visita y al comercio de los extranjeros, son cruzadas cada año por millones de hombres de todos los países que ven de cerca, sin las pantallas de informaciones falsas, la realidad de nuestra vida y de nuestro Régimen. Quizá algún día se contará con detalle la historia de todos estos años, la epopeya, gracias a Dios incruenta, en que ha obtenido la victoria la heroica resistencia del pueblo español, dirigido por el Caudillo Franco, con don Alberto Martín Artajo en el timón de las relaciones exteriores.

Aunque sólo sea para fijar un testimonio histórico, debemos marcar las grandes líneas de la política internacional de España en la etapa que termina. En primer término se ha mantenido fielmente el "Bloque Ibérico", la estrecha inteligencia establecida con Portugal en el Tratado de Amistad y no Agresión firmado en marzo de 1939 y en el Protocolo Adicional de junio de 1940. Estos acuerdos, que demostraron su validez durante la segunda guerra mundial, siguen constituyendo la base de la política peninsular y se han sancionado con el viaje del Generalísimo Franco a Lisboa en octubre de 1949 y el del Presidente Craveiro López a Madrid en mayo de 1953. La amistad entre España y Portugal asegura la solidez del baluarte de nuestra Península para la política del mundo libre, tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo.

La idea y la obra de la Hispanidad han recibido en esta etapa una aportación decisiva. Recogiendo el espíritu de muchas iniciativas anteriores, tanto en España como en Hispanoamérica, el señor Martín Artajo creó en 1946 un instrumento nuevo, el Instituto de Cultura Hispánica,

en cuya dirección se han emulado en trabajos y en éxitos los señores Ruiz-Giménez y Sánchez Bella. Nunca ha habido mayores intercambios culturales y políticos entre España y los pueblos hermanos de Ultramar. El señor Martín Artajo, que ha sido el primer Ministro de Asuntos Exteriores de España que ha visitado América y Filipinas desde la emancipación, ha sentado una doctrina de gran alcance en los discursos recogidos en su libro "Hacia la comunidad hispánica de Naciones". Entre España y los países hermanos se ha establecido un continuo vaivén de Jefes de Estado, ministros, académicos, escritores, artistas, estudiantes y simples viajeros. Han sido precisamente los gobiernos de aquellos países quienes más y mejor han defendido las razones de España ante el mundo y han cooperado decididamente al triunfo de nuestra causa. La historia señalará estos años como el comienzo de una nueva era en la vida de nuestra familia de naciones.

Otra orientación feliz en nuestra política exterior ha presidido nuestras relaciones con el Mundo Árabe. El prestigio personal del Generalísimo Franco entre los pueblos islámicos se ha unido a la tradición secular de respeto y estima mutuos entre España y el Islam. Martín Artajo ha visitado personalmente todos y cada uno de los pueblos árabes y España ha recibido la visita de la mayor parte de los Jefes de Estado y los hombres de Gobierno de aquellos pueblos. Precisamente cuando se abría un abismo entre el Occidente y el Próximo Oriente, España ha tendido un puente de concordia y ha rendido un servicio incalculable a la paz.

La cuestión de Marruecos ha suministrado la prueba más rotunda del acierto de España en esta política. Nuestro Gobierno vió con claridad el desarrollo de la situación del Imperio marroquí, y no cometió errores que tuvieran que ser rectificadas "a posteriori" con detrimento del honor nacional. Reconocida limpiamente la caducidad del Protectorado de Marruecos, España y el nuevo Imperio cherifiano han emprendido, bajo los mejores auspicios, una nueva etapa en sus relaciones seculares.

Mientras se desarrollaba esta política previsoras con respecto a Portugal, al Mundo Hispánico y al Mundo Árabe, nuestro país ha mantenido intacta su postura anticomunista, sin dejarse contaminar por las debilidades o las complacencias que, en otros países de Europa, estuvieron a punto de dar al traste con la civilización occidental. Los viajes del señor Martín Artajo a la China nacional y a Turquía, en 1953 y en 1956, respectivamente, dieron al mundo la medida de esa insobornable decisión anticomunista.

En el camino del anticomunismo, sin desviarse un ápice de sus razones ideológicas, España se ha encontrado con los Estados Unidos de América. Ha sido una confluencia natural, lenta, pero segura, entre las ideas y los intereses de dos grandes pueblos. No existían entre los Estados Unidos y España agravios insolubles procedentes de mala voluntad. Cuando el panorama internacional puso en claro el peligro que la Unión Soviética constituye para la paz del mundo y la torpeza con que se quería mantener a España al margen del mundo libre, los Estados Unidos y España se encontraron a mitad del camino y se pudieron firmar los Acuerdos de septiembre de 1953, verdaderos "pactos entre caballeros", de los que el mundo libre ha recibido un inmenso refuerzo militar y espiritual y España ha conseguido la confirmación más evidente del acierto de su política exterior. El Secretario de Estado, señor Foster Dulles, ha declarado que nuestro país ha sabido mantenerse fiel a sus principios, que han sido reconocidos al fin por los demás. Realmente, para satisfacción de lo mucho que ha sufrido el pueblo español en los años de la conspiración injusta, los pactos de 1953 y sus consecuencias actuales y futuras constituyen una compensación providencial.

La amistad con determinados países, a que se alude en los párrafos anteriores, no quiere decir que nuestro país haya descuidado sus relaciones con los otros Estados del mundo, salvo, naturalmente, con aquellos que se encuentran detrás de la cortina de hierro, cuya liberación deseamos desde la primera hora de su injusta ocupación. Pese a los agravios que hemos recibido de algunos países de Europa, España ha mantenido con ellos relaciones normales en lo político, en lo económico y en lo cultural. Nuestra tradición jurídica y nuestra convicción cristiana aconsejaban en este terreno los mayores esfuerzos en servicio de la paz y de la unidad del mundo occidental, al que España pertenece con derecho pleno, sin olvidar por ello las exigencias de la justicia ni las de nuestras legítimas reivindicaciones nacionales. El señor Martín Artajo ha sabido interpretar serenamente estas exigencias cuando propuso su fórmula sobre el Canal de Suez en la Conferencia de Londres en el último verano, y cuando planteó sin acritud, pero con dignidad, nuestra reivindicación de Gibraltar ante la última Asamblea de las Naciones Unidas.

Dejamos para lo último deliberadamente, en este brevísimo resumen de una trayectoria de doce años, las relaciones de España con la Santa Sede. El Concordato firmado en Roma el 27 de agosto de 1953 es

uno de los documentos internacionales más importantes de este siglo. En su firma, por parte de España, quedaron unidos para siempre los nombres del Ministro señor Martín Artajo y del Embajador ante la Santa Sede don Fernando María Castiella, que ahora sucede al señor Martín Artajo en la dirección de nuestra política exterior.

Después de tan largo y esforzado servicio a España, en las circunstancias más graves de nuestra historia contemporánea, don Alberto Martín Artajo ha podido retirarse del Palacio de Santa Cruz con el aplauso unánime de los propios y el respeto y la admiración de los extraños. Su eminente sucesor en la Cartera de Asuntos Exteriores, en el acto de su toma de posesión, proclamó noblemente la ejemplaridad de la obra realizada. El Cardenal Primado de España, en carta pública, ha declarado la satisfacción de la Iglesia y de la Acción Católica Española por la forma con que el señor Martín Artajo ha cumplido sus graves deberes. Rara vez ha conocido un gobernante en nuestra Patria un éxito más completo en la tarea que se impuso y un reconocimiento más explícito de sus servicios al país.

